

SOCIEDAD ESPÍRITA “TE PERDONO”

***“INVESTIGACIONES SOBRE LA
MUERTE”***

AUTOR: DRA. CLAUDIA M. MAGLIO-ESTEBAN

INVESTIGACIONES SOBRE LA MUERTE

*“Aprende a vivir y sabrás morir bien”
Confucio (551-479 A. C.)*

Del latín *mors, mortis*, la muerte está definida como la cesación o término de la vida, aunque teológicamente es la separación del cuerpo y del alma.

En cada cultura se la ha representado de diferentes formas.

Los griegos antiguos consideraban a la muerte un dios y la simbolizaban con un hermoso adolescente dormido o como un genio con sus alas replegadas en el reposo eterno.

Los romanos la personificaron bajo la forma de un esqueleto y, para recordar la idea de que la vida es breve y hay que aprovecharla, pintaban y cincelaban la parca en vasos y cubiletes.

En la Edad Media se la imaginó horrorosa, también en forma de esqueleto cubierto lúgubrememente con una capa negra, sosteniendo una guadaña como símbolo de la destrucción y un reloj de arena, para indicar lo inexorable de su venida.

La humanidad se ha preguntado siempre qué es la muerte y el tema suscita sentimientos muy fuertes y contradictorios en personas emocional y culturalmente diferentes, a pesar del interés común.

También es cierto que para muchos es difícil hablar sobre la muerte y evitan su análisis, fundamentalmente por dos razones principales:

La primera razón tiene raíces psicológicas, culturales y supersticiosas. La muerte es uno de los temas que se considera tabú. Este término de origen polinesio (Oceanía), tiene una acepción muy amplia de prohibición o impedimento imperativo, que al aplicarlo al comentario de la muerte significa que es preferible evitar todo contacto, por muy indirecto que sea, porque al tenerlo, nos coloca en una posición más cercana y real con el fin de la propia vida.

La mera observación de un cadáver provoca fuertes sentimientos de inquietud porque representa el símbolo de la mortalidad. Los que han pasado por una mesa de disección en un laboratorio de anatomía, han experimentado en su mayoría, esa sensación indefinible de intranquilidad y hasta de miedo.

Asimismo el hecho de hablar de la muerte se puede considerar una forma de aproximación indirecta, y se prefiere evitar el tema.

La segunda razón que auspicia la dificultad de discutir el fenómeno de la muerte es la diversidad de conceptos que se tiene sobre la misma.

Generalmente las palabras se aplican para denominar todo aquello que percibimos con los sentidos físicos y la muerte escapa a ese ámbito, traspasa la experiencia consciente y por lo tanto, sólo queda compararla con hechos familiares de la vida diaria.

De ahí que se la coloque en analogía con fenómenos habituales. Por ejemplo, el sueño o acto de dormir. En realidad cuando dormimos, se desprende parcialmente nuestro periespíritu y espíritu del cuerpo de lo contrario, si fuera total, se produciría la muerte. Esta similitud aparece en la literatura antigua, en diversas culturas.

Homero en el siglo IX antes de nuestra era, escribió las famosas obras épicas la **Odisea** y la **Ilíada**, donde al sueño lo llama “hermano de la muerte”.

Mientras Platón, en su diálogo llamado la **Apología** afirmó que, cuando su maestro Sócrates acababa de ser condenado a muerte dijo:

“Si la muerte es sólo dormirse sin sueños, debe ser un maravilloso premio”.

Muchos otros prefieren la analogía del olvido. Al morir, dicen, se olvidan todas las aflicciones y recuerdos tristes y dolorosos. Olvidar es positivo cuando quedan atrás los recuerdos desgraciados y no deseados, pero nadie desea perder el recuerdo de hechos dichosos.

Por lo tanto, ninguna de esas comparaciones aporta alivio, esperanza o tranquilidad frente a la muerte.

En definitiva, siempre persisten dos respuestas opuestas a la pregunta sobre la naturaleza de la muerte, originadas ambas en los tiempos prehistóricos y sostenidas aún hoy: la muerte es la aniquilación de la conciencia para unos y es el paso de la mente a otra dimensión de la realidad, para otros.

En esta posición, ha prevalecido la idea de que un aspecto del ser humano sigue viviendo cuando el cuerpo físico tiene sus funciones extinguidas y se le ha asignado diferentes nombres: ser, conciencia, mente, psiquis, alma o espíritu.

Esta idea, considerada como una de las más primitivas, se ha ido reforzando hasta hoy con los nuevos descubrimientos de los paleontólogos, arqueólogos y antropólogos. En Turquía hallaron un cementerio atribuido a los hombres de Neanderthal de hace 100.000 años, donde sus restos fosilizados permiten deducir que eran enterrados en féretros de flores, lo que hizo concluir que esos homínidos consideraban la muerte como una ocasión para celebrar, tal vez, la transición del muerto de un mundo a otro. En todo el mundo, las tumbas de los protohombres y hombres primitivos presentan evidencias de la creencia en la sobrevivencia después de la muerte.

Si nos remontamos a las costumbres y leyendas de los pueblos más antiguos, observaremos distintas tendencias al considerar la muerte. Siempre con el respeto hacia un momento trascendente, cada cultura le dio su interpretación.

Algunas de las antiguas civilizaciones, como la Egipticia, han legado sus “**Libros de los Muertos**” donde explican las etapas del proceso seguido por el hombre después de la muerte. Los sabios veían la muerte como una habilidad, que puede hacerse con arte o de forma incorrecta, dependiendo de los conocimientos adquiridos. De ahí que este libro fuera leído en presencia del moribundo y como parte del rito funerario. Esta práctica tenía dos funciones: una, ayudar a la persona en trance de muerte, y otra, auxiliar a los que seguían viviendo, para que tuvieran pensamientos positivos y evitaran retener al muerto con su amor o preocupación emocional.

El **Bardo Thödol** (*bardo* = estado de transición, *thödol* = gran liberación de la audición) o “**Libro Tibetano de los Muertos**”, fue escrito, según la tradición, hace 2800 años, bajo la dirección de Padma Sambhava, fundador del lamaísmo, y seguramente, es la recopilación de enseñanzas de los sabios a través de muchos siglos del Tibet prehistórico. Más tarde, su autor ordenó ocultarlas en las montañas de Khang-Karte-Say, cerca de la frontera con Nepal, al norte del Tibet, con el objeto de preservarlas sin corrupción para las siguientes generaciones; esperando, además, que sólo las pudiera encontrar quien tuviera suficientes méritos de vidas anteriores y esto le confiriera el poder de hallarlas. Describe, entre otras cosas, los sentimientos de inmensa paz experimentados por el muerto y la percepción de una especie de “espejo en el que se refleja todo lo actuado en su vida”, tanto lo bueno como lo malo, para que se pueda hacer una evaluación, en la que participan él mismo y quienes lo auxilian para juzgar, en un proceso en el que no caben los disimulos, la mentira o la mala interpretación.

Estas enseñanzas también puede considerarse como un agudo estudio psicológico de la dialéctica muerte-vida reconocida por todos los seres humanos en su cuerpo-psiquis e inducen a pensar que, si permanentemente pudiéramos estar conscientes de la muerte-

vida de cada día, probablemente estaríamos más atentos y la experiencia de la vida adquiriría un significado mucho más valioso. Constituyen el proceso mismo de la vida.

Otros pueblos adoptaron diferentes ritos o métodos acordes con el concepto que guardaran del mundo y de sí mismos, todos ellos con el valor que les da la realidad emocional, afectiva y trascendente de los seres humanos.

La totalidad admitía un destino ulterior de los espíritus luego de abandonar el cuerpo y encontrarse en otra dimensión o mundo, descrito, también, con características variadas. En el mundo de los muertos se describieron cielos, infiernos, castigos, premios o tal vez, la “nada”, pero siempre habría algo en el más allá donde irían a residir de alguna forma. Algunas culturas despedían a sus muertos con dolor y amargura, otros con la alegría de ver que habían alcanzado la gloria o la paz.

Por otra parte, en el transcurso de los tiempos, las versiones de personas con experiencias cercanas a la muerte y recuerdos de esos momentos, referían visiones y percepciones, muchas veces, coincidentes, que sin embargo, no pasaban de interpretarse como alucinaciones, temor o invenciones.

Platón (427-347 A.C), por ejemplo, hablaba de un componente incorpóreo y consciente del ser humano al que llamaba alma, que usa al cuerpo físico como vehículo temporal. En sus diálogos **Fedón**, **Gorgias** y **La República**, trata, especialmente, el tema del destino del alma después de la muerte física, donde abundan las descripciones del proceso, muy similares a las encontradas en libros anteriores, como el Antiguo Testamento y los posteriores como los escritos de Saulo o Pablo de Tarso (2 A. C. – 67 D. C.).

Platón define la muerte como la separación de la parte incorpórea del ser llamada alma, de la parte física o cuerpo. Menciona la existencia de espíritus guías encargados de conducir al alma del muerto a través de la transición y, simbólicamente habla de “una barca que lleva por una masa de agua a la otra orilla de la existencia”.

En **Fedón** señala con dramatismo que el cuerpo es la prisión del alma y ésta obtiene la liberación, después de la muerte. Asegura que el alma viene de un nivel superior y el nacimiento constituye, realmente, el olvido de esa esfera, mientras el morir es volver al estado pleno de conciencia, despertar y recordar. En esas condiciones puede razonar y pensar con mayor claridad; reconocer todo en su verdadera naturaleza y enfrentarse a un “juicio” en el que se presentan todas las cosas, buenas y malas hechas en su vida.

En **La República** aparece la descripción de una notable experiencia vivida por Er, un soldado griego, quien refiere que en una batalla su cuerpo se encontraba entre muchos cadáveres recogidos y llevados a una pira funeraria. Sin embargo, Er no fue juzgado y se le indicó la necesidad de volver a su cuerpo físico. No podía luego, decir como se produjo el regreso, sólo despertó y se encontró sobre la pira funeraria.

En la **Biblia** se dice poco sobre lo que acontece durante la muerte y de las vivencias inmediatas a la misma.

En el *Antiguo Testamento* se menciona que revivirán los muertos y que resucitarán de un estado comparable al sueño. (Isaías 26: 19 y Daniel, 12: 2).

En el *Nuevo Testamento* se repiten algunos conceptos, mientras en los escritos de Pablo de Tarso hay algunas referencias significativas en los *Hechos*, donde habla sobre la naturaleza de la vida del más allá y describe el tipo de cuerpo que tendría el muerto (Corintios 15: 35 -52):

“Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres... Así es también la resurrección del muerto”.

Es interesante observar en esta breve referencia, la descripción del “cuerpo espiritual” acorde con la suministrada por personas que se han encontrado fuera de sus cuerpos en una experiencia espiritual y se ven con un cuerpo inmaterial distinto, por lo menos, a la materia conocida como física u orgánica.

Cuando, en el siglo XIX, se extendió el interés por la Ciencia del Espíritu, el misterio de la muerte fue uno de los temas abordados con el fin de investigarlo. El concepto de la muerte se comprendió como una transformación o cambio en el cual el espíritu se libera de la materia orgánica, carente ya de las condiciones apropiadas para que se exprese en el estado encarnado.

En las últimas décadas, muchos científicos sobre todo médicos, que son testigos activos durante los últimos momentos de vida de sus enfermos, han comenzado el estudio de la **tanatogénesis** (*thánatos* = muerte y, *génesis* = estudio de los orígenes y causas de la muerte) y de la **tanatología**, (*thánatos* muerte y *legein* = conjunto de conocimientos relativos a la muerte, en especial desde el punto de vista médico-legal). Estas nuevas disciplinas o áreas del conocimiento están destinadas a analizar y entender los hechos que se suceden en ese momento crucial. Estas investigaciones son naturalmente muy amplias, ya que comprenden los mecanismos fisiológicos que determinan la finalización de la vida orgánica, los fenómenos psicológicos que acompañan esas transformaciones y las percepciones espirituales que se desarrollan como consecuencia de ese cambio de estado de conciencia.

Mecanismos Fisiológicos:

Desde el punto de vista biológico la muerte es el resultado de las lesiones irreversibles en los tejidos. En todos los seres vivos las células corporales están muriendo continuamente.

Durante toda la vida de los organismos pluricelulares, el mantenimiento constante de las condiciones físicas y químicas apropiadas de la célula (homeostasis), se asegura gracias al balance entre las células que mueren y las que se renuevan. Cuando la destrucción es mayor que la renovación y este fenómeno se generaliza, sobreviene el deterioro conocido como vejez y el individuo muere.

Las claves del envejecimiento y de la muerte se encuentran en el material genético individual. En la década de los sesenta, los biólogos descubrieron que el número de veces que una célula puede dividirse está determinado con exactitud en cada especie.

La determinación de la muerte física en un principio el elemento que la indicaba era el último suspiro. La respiración imperceptible se confirmaba acercando un espejo u otra superficie capaz de empañarse con el aliento.

El pulso arterial y la auscultación cardíaca, si son perceptibles, imprimen mayor precisión al diagnóstico. Pero la definición de muerte por el cese del latido cardíaco ha perdido vigencia. Modernamente se acepta como muerte la ausencia total de la actividad cerebral, concretamente del tronco del encéfalo, sede de los automatismos y reflejos responsables, entre otras funciones, del mantenimiento de la respiración. La destrucción de esta zona cerebral conduce irremediablemente, a la insuficiencia circulatoria y al paro cardíaco, aún cuando el corazón se mantenga latiendo y los pulmones funcionando artificialmente. El mantenimiento artificial de las funciones indispensables es imprescindible en los moribundos dadores de órganos, con la finalidad de que los tejidos mantengan la vitalidad necesaria y no se necrosen.

Para asegurar que se ha producido verdaderamente la muerte “clínica”, los especialistas deben efectuar una serie de pruebas que confirmen la pérdida de las

funciones del tronco encefálico. La capacidad de recuperación neurológica es en ocasiones, sorprendente. Un estudio realizado por 600 médicos de la Universidad de Harvard en 1968, demostró que con un flujo sanguíneo inferior de 50 ml/seg. al encéfalo le provocaba falta de actividad neuronal, mostrando encefalogramas planos. Pero estos médicos no dieron cuenta de los muy pocos casos que habían sido reversibles. En la actualidad se ha demostrado que el encéfalo deja realmente de funcionar con un flujo de sangre de 20 ml/seg., por lo que se deduce que queda una franja entre los 50 y 20 ml/seg. de flujo de sangre al cerebro en que la persona a pesar de no mostrar actividad cerebral (encefalogramas planos), podría llegar a recuperarse. Esto es importante tenerlo en cuenta para la ablación y donación de órganos.

Para tales efectos, la Universidad de Harvard (USA) estableció toda una serie de pruebas que duran 24 horas, y que aún están en discusión.

Durante la muerte biológica se producen una serie de cambios orgánicos, que comienzan en la agonía.

Fenómenos Psíquicos y Espirituales:

Es frecuente que los pacientes moribundos se sientan protagonistas de hechos que están fuera de la realidad física; casi todos ellos mencionan alguna “aparición”, generalmente, de algún familiar fallecido o de seres espirituales que les hablan o los esperan. Los relatos de miles de personas que cruzaron el umbral y cuya muerte clínica fue determinada por el electroencefalograma y el electrocardiograma, permiten establecer una serie de coincidencias.

El 50% de los reanimados refirieron haber perdido toda sensación de dolor y sufrimiento, mientras su conciencia salía de su cuerpo físico y podían presenciar como testigos, todo cuanto sucedía a su alrededor, incluso conocían el dictamen médico de su muerte. En un primer momento, algunos sentían angustia por no ser oídos, y luego total despreocupación por los lazos que lo unían a la vida terrena, pérdida de los apegos y sensación de estar más allá del bien o del mal.

El 37% que continuó la experiencia indicaron que se sintieron desprendidos de sus cuerpos al que veían desde lo alto (autoscopia) y, también, presenciaban las actividades a su alrededor, muchas de ellas encaminadas a volverlos a la vida.

Sólo un 23% de los encuestados continuó a la tercera fase y afirmaron que se veían rodeados por la oscuridad, en algún lugar parecido a un túnel o un tubo, mientras sentían alguna fuerza que los empujaba a avanzar.

El 16% de los sujetos investigados consiguieron ver el final del túnel oscuro y aseguraban haber visto una luz incomparable, cálida, armoniosa, tranquilizante que los llenaba de paz. Algunos de ellos dijeron que esa luz desprendía tanta energía y tanto amor, que resultaba muy difícil describirlos, y que nunca habían sentido tanta comprensión, amor y cariño como el que irradiaba aquella maravillosa energía.

Otros relataron como percibían una sucesión ininterrumpida y veloz, de imágenes de toda su vida. Esto los inducía a evaluarla, aunque parecía que todo lo actuado no tenía importancia, las supuestas contribuciones o méritos materiales no eran tales y tenían la sensación, de que lo único que importaba allí, eran las emociones, los sentimientos y el dominio que sobre los mismos habían ejercido. Algunos sintieron la necesidad y el deber de regresar para aprender a dominar el sentimiento y la emoción negativa que prevalecía en ellos y percibieron a un personaje luminoso y amoroso dándoles instrucciones.

Sólo un 10% sintieron que rozaban la luz o podían comenzar a sumergirse en ella, pero de alguna manera, comprendían la imposibilidad de continuar y el deber de volver a su cuerpo físico.

La totalidad manifestó que el regreso no fue agradable porque volvían al dolor y al sufrimiento, sintiendo al principio rechazo por aquellos que impidieron que encontraran totalmente la luz.

Es notable el cambio que estas personas demostraron después de esas experiencias; su personalidad se hizo más abierta, se preocuparon mucho más por aquellos que los rodeaban, su carácter se dulcificó, advirtieron un cambio en su vida y perdieron el temor a la muerte.

También es necesario mencionar que muchas personas declaradas clínicamente muertas no recuerdan nada de lo ocurrido, pero quedan huellas, en la mayoría de ellas, que se reflejan en un cambio del carácter y de conducta frente a los problemas cotidianos.

Los profesionales que los atendieron en ese momento quedan sorprendidos por la descripción de todos los detalles ocurridos durante la reanimación, desde los gestos y maniobras, la conversación del equipo de médicos y enfermeras, hasta la observación de elementos ubicados fuera del campo de observación del paciente.

Numerosas han sido las hipótesis formuladas para intentar explicar estos fenómenos; pero ninguna de ellas ha sido probada.

Algunos atribuyen estas vivencias a la administración de fármacos capaces de producir estados alucinatorios; otros, adjudican el fenómeno a la última sensación del cerebro luego del cese de suministro de oxígeno o al aumento del dióxido de carbono; o simplemente a la disyunción del sistema nervioso del moribundo. Sin embargo, hay ciertos estudios preliminares que revelan la presencia de una alta concentración de oxígeno en los exámenes de la sangre de los pacientes reanimados, luego de la muerte clínica.

Kenneth Ring, de la Universidad de Connecticut, USA, entrevistó a más de 100 sobrevivientes protagonistas de experiencias similares y expuso su investigación en su libro **“Senda hacia el Omega”**. Explica los fenómenos como un proceso neurológico asociado con la experiencia esencial que significa la muerte y dice que “puede ser una reacción del cerebro al acercarse el momento terminal”.

El psicólogo norteamericano Ronald Siegel afirmó que cuando el organismo siente la cercanía del momento de la muerte libera una cantidad muy alta de drogas sinápticas provocando una sobredosis de endógenos naturales, los cuales determinan una sensación de euforia, explicada luego por los sobrevivientes.

Para algunos psicólogos la explicación está en la perturbación del consciente que falsea la realidad, mientras el inconsciente embellece lo que percibe, como consecuencia de la soledad del enfermo cercano a la muerte que teme. Esta teoría de la despersonalización afirma que los moribundos, con el fin de afrontar una realidad desagradable: la enfermedad y la muerte, utilizan el recurso de reemplazarla con una fantasía placentera.

Como se ve, son todas conclusiones sacadas desde el punto de vista meramente funcional y fisiológico, pero no satisfacen plenamente la explicación de todos los fenómenos producidos; por ejemplo, la descripción que por autoscopia o por percepción desde fuera del cuerpo, evidencian el conocimiento de detalles, imposible de adquirir por la imaginación.

Por su parte, una representación importante de científicos sustenta una explicación llamada trascendental, la cual indica que estas vivencias predicen lo que le espera al ser humano después de morir.

Susan Blackmore, de la Universidad del Oeste de Inglaterra, asegura que las experiencias cercanas a la muerte son causadas por “una combinación de reacciones psicológicas y Fisiológicas, por disturbios en la función cerebral en el punto de la muerte o por el stress producido por la misma”. No obstante, no duda en afirmar la existencia de vida después de la muerte en su libro **“Muriendo para vivir”**.

El tema ha sido considerado en publicaciones médicas desde 1930, cuando el psicoanalista austriaco Oskar Pfister escribió un artículo donde adjudicaba esas vivencias a “fantasías agradables, autocreadas como defensa frente al miedo a la muerte”.

En 1972, Harold Sherman, fundador y presidente de la Research Associates Foundation, en Little Rock, Arkansas, USA, presentó su libro **“La vida después de la vida”**, basándose en experiencias psíquicas de personas sensitivas, quienes conocieron las manifestaciones de seres que acababan de morir.

Como hemos visto, las hipótesis se multiplicaron, hasta que en 1975, Raymond Moody, médico psiquiatra estadounidense, también profesor de filosofía especialista en la ética, la lógica y la filosofía del lenguaje, con su libro **“Vida después de la vida”**, conmovió a la comunidad científica por sus afirmaciones. En su obra recogió las experiencias de numerosas personas quienes relataron sus percepciones en el lapso siguiente a la determinación de su muerte clínica. Moody comenzó sus estudios mucho después que tuviera referencias de personas protagonistas de “experiencias cercana a la muerte”, a las que conoció, eventualmente, en distintas ocasiones.

La psiquiatra de nacionalidad suiza residente en USA, Elizabeth Kubler-Ross, dedicada durante 20 años a la observación de pacientes en la última fase de la enfermedad, realizó una investigación paralela y coincidente en sus hallazgos, aun cuando no conoció al Dr. Moody hasta 1976.

La Dra. Kubler-Ross estudió más de 20.000 casos y presentó sus conclusiones en su obra **“La muerte, un amanecer”**. Afirma, haber vivido ella misma una experiencia de ese tipo, la que la transformó totalmente y la indujo a dedicarse a asistir a los moribundos.

Sin embargo, no todas las personas que tuvieron una experiencia cercana a la muerte relatan sucesos agradables. Maurice Rawlings, cardiólogo de Tennessee, USA, en su libro **“Más allá de las puertas de la muerte”**, informa que en sus investigaciones, la quinta parte de los pacientes recuperados de un paro cardíaco que hablan de sus vivencias en forma inmediata, refieren experiencias desagradables en cuanto al ambiente y a las visiones que tuvieron. Poco después, bloquean esos recuerdos y varios días más tarde no pueden repetirlos.

En la misma época, Charles Garfield, psicólogo del Instituto de Investigación del Cáncer de la Escuela de Medicina de la Universidad de California en San Francisco, USA, estuvo reuniendo datos que confirman las experiencias cercanas a la muerte no siempre agradables.

No obstante, las vivencias negativas no significan una contradicción a las experiencias agradables. Recordemos las enseñanzas de maestros espirituales que señalaron los distintos niveles de conciencia espiritual de acuerdo a la evolución, y colocan a cada uno según su propia realidad.

En 1976, Michael Sabom, cardiólogo de la Escuela de Medicina de la Universidad de Emory, Georgia, USA, y su asistente Sarah Kreutziger, comenzaron a entrevistar personas que habían muerto clínicamente y recabaron 100 testimonios. Los resultados aparecieron en **“Theta”**, una publicación para la investigación del problema de la sobrevivencia después de la muerte. Lo que más llamaba la atención era la

explicación de tipo técnico y fuera de sus conocimientos conscientes, que esos pacientes hacían cuando narraban las actividades de los médicos y enfermeros que trataban de salvarle la vida.

Probablemente esta investigación presentó una evidencia muy importante de que esas experiencias no pueden explicarse como desviaciones cerebrales o alucinaciones resultantes de la falta de oxígeno en el cerebro o alguna otra anomalía psicológica. Las evidencias sugieren que esos hechos son el resultado de la separación del cuerpo y la conciencia, en los momentos cercanos a la muerte.

En 1986 apareció la primera edición del libro **“La existencia después de la muerte”** del investigador británico en temas de parapsicología D. Scott Rogo, obra en la cual considera si el ser humano posee la capacidad de sobrevivir después de la muerte corporal y analiza la evidencia sobre la comunicación post-mortem, en una minuciosa puesta al día sobre el tema.

Desde entonces, en todas partes del mundo, los investigadores repitieron los experimentos basados en el método científico; las comprobaciones son coincidentes, pero la exploración recién ha comenzado y el trabajo futuro es largo y arduo.

El enfrentamiento con la muerte

El temor a la muerte desaparece cuando es comprobado científicamente por el Espiritismo que, sin lugar a dudas, existe la sobrevivencia del individuo después de la muerte física. Así la humanidad desechará los prejuicios ancestrales y admitirá los errores de concepto arrastrados durante siglos bajo la forma de dogmas y verdades establecidas e inamovibles. La vejez es la antesala del cambio de estado y como tal significa una preparación para afrontar tal circunstancia. esta etapa se convierte en una oportunidad con nuevos intereses, se disfruta del enriquecimiento logrado por las experiencias vividas, se puede ofrecer el servicio y el consuelo a otros, para así colaborar en el desarrollo y progreso ajeno, a la par que se comienza una preparación basada en el estudio y la meditación, conducente a la reflexión sincera de las propias imperfecciones.

Se alcanza la serenidad por medio de la comprensión de la realidad de la vida, el logro de una experiencia espiritual superior, y la esperanza alentadora de nuevas oportunidades. Esa inteligencia íntima otorga relajación y quietud en la proximidad de la muerte, no se conoce el miedo y se tiene la convicción de la tarea cumplida, y la expectativa de una nueva experiencia.

La vida es una cuestión individual y cada uno tiene su propio destino edificado con su trabajo personal, de acuerdo a la forma en que se reacciona frente a las experiencias vividas. La vida y la muerte son experiencias individuales, porque las percepciones en cada una de ellas dependen del patrón de conciencia de cada ser, en cada una de esas etapas.

Cuando un ser ha vivido una experiencia completa y fructífera, y se encuentra en la última etapa, cuando el organismo físico sufre el deterioro normal, consecuencia del patrón genético individual y de las vicisitudes propias de la materia orgánica, no es caritativo retenerlo en contra de su voluntad, como frecuentemente hacen sus seres queridos. Se puede alegar el sentimiento de amor, pero muchas veces está confundido con el egoísmo, porque no se desea la muerte del ser querido, sólo por no perderlo.

No es raro el espectáculo de hijos que les piden a sus padres que tengan fortaleza para seguir viviendo, cuando sus organismos agotados se desploman y no le prestan utilidad; ni el de padres que ante la pérdida de un hijo no pueden controlar su dolor y

fomentan el apego emocional del niño fallecido con sus progenitores, sobre todo con su madre. El sentimiento profundo no tiene fronteras de tiempo ni espacio y algunos se aferran a la idea de su hijo, tal como fue hasta su muerte, permaneciendo en una fijación emocional que enlaza parasitariamente y no permite la libertad de acción de ninguno de los seres involucrados. Distinta sería su reacción si aceptaran la existencia de una realidad espiritual que trasciende la muerte física, donde el espíritu que encarnó al niño, continuará su desarrollo.

Es más fácil enfrentarse a la muerte cuando se tiene la convicción de que se ha agotado el tiempo previsto, que se ha logrado el propósito de la vida y que se está listo para el cambio. Partir con tranquilidad es la expresión de dejar todo en orden, tanto lo referente a la dimensión material como a la moral. El apego sano y no parasitario a lo que se abandona, permitirá no sentir dolor por lo que ya no se tiene, y dejará en libertad a los seres que continúan en su experiencia encarnatoria, para ejercer su labor sin interferencias y sin restricciones. Pero, al mismo tiempo, disfrutar de la esperanza del reencuentro con seres amados que se adelantaron en el proceso de cambio, como también con aquellos de quienes se aleja transitoriamente, pero que también cambiarán de estado, cuando terminen su labor como encarnados.

Aquellos que se aferran a su ambiente material, que luchan por no dejar sus adquisiciones ni las personas que compartieron sus experiencias, que desean continuar en sus labores de encarnados, en ocasiones muy valiosas pero ya caducas, que creen que no pueden dejar sus responsabilidades porque no habrá nadie que los supla, encuentran muy difícil la separación. La muerte se convierte para ellos en una injusticia o al menos, en una experiencia inoportuna, y su pensamiento queda anclado en sus deseos e insatisfacciones, mientras su desprendimiento del cuerpo se hace lento, penoso y difícil.

Mecanismo de la Muerte:

La muerte física no es más que un cambio de estado, y consiste en la destrucción de la forma frágil, que ya no proporciona las condiciones necesarias para el funcionamiento y la evolución de la vida. Las sensaciones que preceden y siguen a la muerte son infinitamente variadas, y dependen sobre todo del carácter, los méritos y la dimensión moral del espíritu que abandona su estado orgánico. La separación es casi siempre lenta, la liberación del alma se opera gradualmente y comienza a veces, mucho tiempo antes de la muerte, aunque no es completa sino cuando los últimos lazos energéticos espirituales quedan rotos. Es obvio deducir que la impresión experimentada es tanto más penosa y prolongada cuanto más firmes y numerosos sean estos lazos.

La separación es seguida por un período de turbación, más corta para el espíritu equilibrado y adelantado, pero muy prolongada para las almas impregnadas de energías pesadas que la acercan y la anclan en la materia. El espíritu no muere, conserva su individualidad preservada por su envoltura energética modeladora (Periespíritu), y continúa evolucionando en estado desencarnado.

Tiene por delante un futuro de proyectos, todos elaborados para conseguir el progreso; su pensamiento se perfeccionará según su esfuerzo; su Periespíritu se hará cada vez más sutil, necesitando encarnaciones en medios materiales cada vez menos densos; hasta que en un infinito inimaginable, pueda conseguir la perfección suficiente para no necesitar encarnar nuevamente, y continuar entonces su progreso, en estados espirituales y en labores ignorados por nosotros.

Corolario:

La vida y la muerte:

La Doctrina Espírita establece:

-“La causa de la muerte en los seres orgánicos es la extenuación de los órganos”.

-“La muerte se puede comparar a la cesación del movimiento de una máquina desorganizada, porque si la máquina está mal dispuesta, se rompe el resorte, y si es malo el cuerpo, la vida le abandona”.

Allan Kardec reflexiona:

“Los órganos están impregnados, por decirlo así, del fluido vital, que da a todas las partes del organismo una actividad que, en ciertas lesiones, opera la adhesión de aquellas y restablece funciones suspendidas momentáneamente. Pero cuando son destruidos los elementos esenciales al funcionamiento de los órganos, o están alterados profundamente, el fluido vital es impotente para la transmisión del movimiento de la vida, y el ser muere. Los órganos reaccionan más o menos necesariamente los unos sobre los otros, y de la armonía de su conjunto resulta su acción recíproca. Cuando una causa cualquiera destruye la armonía, se detienen sus funciones, como el movimiento de un mecanismo, cuyas partes esenciales están descompuestas”.

(“El Libro de los Espíritus” – Cáp. IV, punto 2: La vida y la muerte)

En la última época de su vida, el escritor francés Víctor Hugo (1802-1885) expresó bellamente su concepto de la muerte:

"Hace medio siglo que escribo en prosa y en verso: historia, filosofía, drama, novela, leyenda, sátira, oda, canción; todo lo he ensayado y sólo he podido decir la milésima parte de lo que siento en mí. Cuando yazga en la tumba diré: terminé mi jornada y no, terminé mi vida. Mi existencia comenzará de nuevo al otro día. La tumba no es un callejón sin salida, sino una avenida. Mi obra es sólo un principio, y la sed de infinito, prueba que existe lo infinito".

DRA. CLAUDIA MARTA MAGLIO-ESTEBAN

Bibliografía:

- “Salud, Enfermedad y Muerte”, Dra. H. Novich-Hernández
- “Después de la Muerte”, León Denis
- “El Libro de los Espíritus”, Allan Kardec
- “Tratado de Psiquiatría”, Henry Ey, P. Bernard, Ch. Brisset
- “Los Grandes Iniciados”, E. Schuré.